

Donneau (Donellus), por un camino opuesto, contribuía eficazmente á los progresos de la ciencia: considerando al Derecho romano como un sistema armónico, lo tenía como regla decisiva: elevándose á ideas generales, y utilizando y formando un todo de los fragmentos que con tanta diligencia separaba Cujas, componía tratados dogmáticos sobre las diferentes partes del Derecho; mas fuerte que Cujas en la interpretacion le era inferior en la filología y en la historia (1). La diferencia de estudios de estos dos grandes jurisconsultos los hizo rivales; la historia sin embargo reúne sus nombres, y los recomienda á la gratitud de la posteridad.

Otro adversario de Cujas fué el célebre Bodin, que, afecto como Donneau á generalizar las ideas, miraba con poco aprecio las investigaciones exegéticas é históricas del primero. Merece especial mencion, porque debe ser considerado como el

(1) Por una singular anomalía, al mismo tiempo que era profundamente respetado en Francia el nombre de Cujas en los dos siglos anteriores, estaba casi completamente olvidado el de Donelo. No sucedía esto entre nosotros, en que por el contrario, Donneau era mas consultado que Cujas. Esto sucedía al menos en la Universidad de Alcalá de Henares, en cuya biblioteca era comun que los alumnos pidieran las obras de Donneau con objeto de prepararse para las academias dominicales y para los grados académicos, y rara vez consultaban á Cujas. Esto admite una explicacion: en aquella escuela se había dado mayor importancia á la interpretacion del Derecho romano que al estudio de su historia, que estaba bastante desatendido.

fundador de la ciencia política entre los modernos, utilizando, dando extension, y colocando en mayor altura las ideas que Maquiavelo había consignado al finalizar el siglo XV. La época naturalmente propendía á esta clase de estudios, porque no podían pasar sin dejar lecciones útiles de ejemplo y de enseñanza las grandes agitaciones de Europa, las guerras que la despedazaban, y el fanatismo é intolerancia de las sectas religiosas. Bodin, estableciendo principios, y deduciendo de ellos precisas consecuencias, dogmatiza y forma un sistema á que todo lo subyuga: sus seis libros *de república*, llenos de talento, de erudicion y de independencía, si bien poco metódicos, le dan lugar entre los primeros jurisconsultos, publicistas y filósofos de su siglo.

En el mismo siglo en que Cujas, Donneau, y Bodin florecían en Francia, empezaba Bacon en Inglaterra á granjearse un nombre inmortal. Bacon es uno de los primeros jurisconsultos que su patria ha producido: con conocimientos en casi todos los ramos del saber humano, uniendo en materias jurídicas las especulaciones teóricas á la práctica de los negocios, fué de los que mas ilustraron su época. Considerándolo nosotros únicamente como á nuestro objeto corresponde, debemos decir que trató mas bien la jurisprudencia bajo su aspecto práctico y político, que bajo el teórico y filosófico, viendo solo en el Derecho un



conjunto de leyes positivas, sin elevarse á las ideas abstractas y de justicia universal, que han sido el estudio de tantos otros jurisconsultos. La claridad y concision de su estilo, su buen juicio y el tacto delicado que distingue todas sus producciones, le conservarán por mucho tiempo el justo homenaje que hoy le tributamos.

Los jurisconsultos españoles mas notables de este siglo fueron, Gregorio Lopez, comentador de las Partidas; Antonio Gomez, el mas autorizado comentador de las leyes de Toro; Antonio Agustín, en quien competian los buenos estudios de literatura con los de jurisprudencia; Vazquez de Menchaca, que con excelente criterio penetró en muchas cuestiones de derecho natural y de gentes antes que Groot hubiera escrito su inmortal obra, y los aragoneses Molino y Sesse, que ilustraron con sus escritos la legislación foral del país á que pertecian.

No fué menos fecundo en grandes jurisconsultos el siglo XVII que el que le habia antecedido. Los nombres de Groot, de Pufendorff, de Leibnitz y de Vinnio, nos hacen apartar la vista de Italia y de Francia para fijarla en Holanda y en Alemania, en donde la ciencia se presenta con todo su vigor y lozanía.

Groot (Grotius) es uno de los mas sábios publicistas de la Europa: jurisconsulto y filósofo, imprimió un carácter especial á los estudios juri-

dicos. Puede decirse que fué el primero que intentó establecer una teoria general de derecho, distinguiendo las relaciones necesarias de los hombres de las que son efecto de las exigencias y necesidades de los Estados. A él se debe la separacion del derecho natural, de la moral y de la teología, como hemos dicho en los capítulos anteriores. Su obra *de jure belli et pacis*, de que ya hemos hablado, cuya mayor parte es un tratado de derecho natural, le atrajo el aprecio y la veneracion de sus contemporáneos, y fué aceptada en Europa como la expresion fiel del derecho de gentes, viniendo á ser el libro de los publicistas y de los reyes. Nosotros, que ya en otros lugares le hemos considerado como fundador de la ciencia del derecho natural y de gentes, concluiremos esta ligera reseña diciendo con Leibnitz: «Groot era de muy grande saber y de sólido talento, más no tan filósofo como se requiere para tratar con toda la precision necesaria las materias útiles de que escribía.»

Casi al mismo tiempo que Groot en Holanda, Selden establecia en Inglaterra la teoria del derecho natural y de gentes. Siguiendo el espíritu de los que le habian precedido, buscó en la ley de los hebreos el tipo del derecho natural: y menos filósofo que jurisconsulto, no atinó como Groot á separarlo de la teología, aunque distinguió los preceptos universales del derecho natural, de los



políticos que se referían solo al pueblo de Israel. Cabría la gloria de haber adelantado la ciencia, si Groot en otro país no le hubiera precedido dando á esta mas considerable impulso.

Para explicar las doctrinas de Groot, aunque discordando de él en puntos capitales, como dejamos dicho, sube Pufendorff en Heidelberg á la primera cátedra que se abre de derecho natural y de gentes. Careciendo de los talentos de su predecesor, no hizo adelantar mucho á la ciencia, á pesar de sus laboriosas tareas: su fama es debida, mas á la posición en que le colocó su época, que á la excelencia de sus trabajos.

Pocos hombres aparecen en el mundo con una reputación científica tan vasta como Leibnitz. La universalidad de sus conocimientos y de sus talentos le hacen célebre como teólogo, como jurisconsulto, como filósofo y como matemático. Como jurisconsulto, único aspecto bajo el que nosotros debemos considerarle, es uno de los maestros que mas han ilustrado la ciencia. Comprendiendo todas sus principales cuestiones, de las puramente teóricas descendiendo á las de aplicación: investigando la naturaleza filosófica, esto es, la raíz del derecho, la deduce del Ser Supremo, justo por esencia; trazando un método para aprender y enseñar la jurisprudencia, ensancha sus límites, y la considera bajo los diferentes aspectos de didáctica, histórica, exegética y polémica, aplicán-

dolos y desenvolviéndolos con una razón fuerte y vigorosa: entrando en la codificación, manifiesta al lado de las preciosidades del Derecho romano, los defectos de que adolecen sus códigos, y el modo de subsanarlos. En todo lo que trata da muestras del talento superior, de la inteligencia privilegiada que todos sin contradicción le reconocen, y que le señalan uno de los primeros lugares entre los escritores alemanes.

Por diferente rumbo, Arnoldo Vinnio (Vinnio) en Holanda contribuyó en el mismo siglo á los adelantamientos de la ciencia. Siguiendo el camino que los célebres comentadores y tratadistas del Derecho romano habían trazado en el siglo XVI, dejó un nombre ilustre, y un libro que por muchos años ha tenido considerable influencia en la enseñanza, y que ha gozado de gran predicamento en las Universidades de nuestro país siendo la obra elemental, el primer maestro de los jurisconsultos españoles durante mucho tiempo: así es que todos tributan á su autor el aprecio que merecen sus tareas, y la veneración que excita el magisterio.

Menos influencia que Vinnio ha ejercido en España el jurisconsulto francés Domat, que floreció en la última mitad del siglo XVII. Sus notables y preciosos trabajos imprimieron un carácter especial en la dirección de los estudios en su patria, que se dejó sentir poderosamente cuando á



principios de este siglo se formó el Código civil bajo los auspicios del genio que presidia entonces los destinos de la Francia. De él decia el ilustre canceller D'Aguesseau: «Nadie ha profundizado mejor el verdadero espíritu de la legislación: descendiendo hasta las últimas consecuencias, las descubre con una precisión casi geométrica, y recorre todas las diferentes clases de leyes, y los caracteres que las distinguen. Su obra es el plan de la sociedad civil mejor acabado que se ha escrito; la he mirado siempre como una obra preciosa que he visto crecer y casi nacer entre mis manos.» Estas palabras hacen supérfluo lo que aquí pudiéramos decir de un jurisconsulto que por su método y por la generalización de sus ideas se ha distinguido tan ventajosamente.

Menos son en número y en importancia los jurisconsultos españoles del siglo XVII que los del que le precedió, que hayan dejado nombre en nuestra patria. Paz, Villadiego, Salgado y Ramos del Manzano, son los que mas se distinguieron.

Pothier, cuyas doctrinas y método influyeron tanto ó mas que las de Domat en la formación del Código civil francés, es el primer jurisconsulto del siglo XVIII que debemos mencionar. Los títulos acerca de los contratos que comprende este célebre monumento, no son mas que un análisis de los tratados que acerca de las mismas materias escribió Pothier. Menos estudiado entre nos-

otros que Domat, y aun desconocido por la mayor parte de los juristas, es digno de ser leído y meditado. Siguiendo el orden de los libros y títulos de las Pandectas, las explicó con buen discernimiento, dando á los textos un orden mas natural y mas lógico, y utilizando los trabajos del siglo XVI.

Entre los jurisconsultos del siglo XVIII debemos dar un lugar especial al célebre alemán Heineccio, que creándose un estilo propio, brillando por su precisión, erudición, claridad y encadenamiento de las ideas, y aprovechándose de todo lo mejor que se había escrito antes, hizo servicios importantes á la ciencia. Sus obras, mas populares en los últimos tiempos entre nosotros que las de ningún otro jurisconsulto, son y serán aun por largo tiempo leídas con placer y con provecho, á pesar de que un siglo fecundo en acontecimientos y en progresos nos separa del ilustre jurisconsulto de Hall. Este crédito incontestable, que reputamos justo, nos induce, saliendo si se quiere del principal objeto de este capítulo, á advertir la conveniencia de que al estudiar sus obras tengan presentes los jóvenes los descubrimientos de nuevos textos que han enriquecido á la ciencia, y los adelantos que esta ha hecho en sus teorías; por lo que seria de desear que un jurisconsulto hábil tomase sobre sí el cuidado de anotarlas y comentarlas como parcialmente lo han intentado con sus



antigüedades del Derecho romano, Haubold y Mühlenbruch en Alemania.

Vico, al que por una fatalidad inconcebible no se tributó por mucho tiempo el lugar que le correspondía, refleja en los estudios su carácter sombrío, melancólico y religioso. Historiador y filósofo á la vez, armoniza el elemento racional y el histórico, hace descender lo existente de lo justo, explica las acciones humanas por las leyes del pensamiento, y separándose de Groot y Puffendorff, en vez de la abstraccion de la razon del hombre, considera como la base del derecho natural la voluntad de la Providencia, atestiguada por la historia y por el consentimiento de los pueblos. Justo es que la generacion actual dé á sus profundas investigaciones toda la importancia que merecen.

Pocos años despues que Vico habia dejado de ilustrar la Italia, Montesquieu abrió en Francia con su *Espiritu de las leyes* una nueva senda que debió despues ser seguida por otros. Derivando el principio del derecho de una razon primitiva, lo separa de las leyes positivas, porque sin estas habria relaciones posibles de justicia: en su concepto decir que lo justo y lo injusto dimanen del precepto del legislador, equivale á suponer que antes de trazarse el circulo no eran iguales sus radios. Dotado de un talento profundo, de una imaginacion brillante y de un tacto esquisito, entra

Montesquieu en la historia de todos los pueblos, examina sus costumbres y sus leyes, y concluye que estas deben apoyarse en la historia y en la filosofia: todo adquiere animacion y vida en su pluma casi siempre imparcial, y la actual generacion le tributa el homenaje de justicia que no le otorgaron todos sus contemporáneos.

Despues de Montesquieu, tanto por el orden cronológico como por las doctrinas, debemos hablar de Filangieri y de Beccaria. Guiados de su amor á la humanidad, dieron lecciones á sus coetáneos, y pidieron y esperaron reformas de los Gobiernos, el primero en su *Ciencia de la legislacion*, y el segundo en su *Tratado de los delitos y las penas*, obras en que dan muestras de su talento superior. De grande popularidad por mucho tiempo, son los dos publicistas mas notables de su siglo en Italia, y aunque no profundos filósofos, llenaron el cometido que su época les señalaba.

Pero el que en el siglo XVIII debia exceder á todos en influencia, el elegido en Alemania para reemplazar como filósofo y jurisconsulto á Leibnitz, es Kant. Su sistema de derecho está basado en su filosofia. Distinguiendo Kant la razon especulativa de la razon práctica, sienta que por esta el hombre viene en conocimiento de su libertad, y la libertad exterior es el fundamento de su metafísica del derecho. Las acciones libres del hombre caen bajo el imperio de la moralidad y de la



legalidad: bajo la moralidad, por los motivos que las determinan; bajo la legalidad, por su conformidad con la ley. Por consecuencia de este principio, el hombre tiene el derecho de hacer respetar su libertad, pero al mismo tiempo está en relaciones con otros hombres libres como él: de aquí es, que al lado de los derechos hay obligaciones, para cuya existencia deben concurrir la necesidad de la acción y la libertad del agente. Así el derecho es en su sistema *la reunión de condiciones por las cuales la voluntad de un hombre se pone en relación con la de otro bajo la ley común de la libertad*. Deriva el principio de la penalidad de la justicia misma, no de la utilidad que al hombre ó á la sociedad puede resultar del castigo. Las doctrinas de Kant fueron enseñadas en todas las universidades de Alemania, y adquirieron grande autoridad, que aun no han perdido del todo.

El siglo XVIII termina con un gran juriconsulto que inaugura el XIX: el inglés Jeremías Bentham, quien, proclamando el sistema sensualista, crea una escuela célebre por sus servicios, por sus aciertos y por sus errores. Sus trabajos se extienden tambien á la parte externa del derecho, esto es, á los procedimientos: materia en la que es menester hacer justicia á su gran superioridad, al tino y energía con que combate el empirismo y las prácticas, que solo pueden encontrar apoyo en el interés ó en la ignorancia. Pero

al tratar de investigar el principio del derecho, se olvida de la naturaleza humana, rechaza la historia, y arrastrado por un materialismo inflexible, solo respeta á la virtud como un bien por los placeres que produce, y reprueba al vicio, como un mal por los dolores que causa: así el bien y el mal moral solo lo son en su sistema por su tendencia á producir bienes y males físicos: idea algun tanto atenuada cuando dice, que por placeres y males físicos comprende del mismo modo los que afectan al alma que los puramente sensuales. Consecuencia de este modo de ver es, que el derecho solamente sea para él la creación de la ley, y que considere al legislador en la omnipotencia de crearlo todo con independencia de las trabas de un derecho preexistente, que relega al país de las quimeras, si bien debiendo obedecer al principio de utilidad, del que dice no haber sido desarrollado ni seguido completamente por ningun legislador, aunque ha penetrado en las leyes por su alianza ocasional con el principio de simpatía y antipatía. No es de nuestro propósito combatir aqui su sistema: dejando esto á quienes propiamente incumbe, nos ceñimos á señalar el lugar que le corresponde en los fastos de la ciencia, y prevenimos el ánimo de los jóvenes para que estudien con cautela sus doctrinas, ya que sus obras son apreciadas justamente en nuestra patria.



Varios son los jurisconsultos españoles que se distinguieron notablemente en el siglo XVIII. Los que mas han sobresalido son Mayans y Sisear, que nos ha dejado testimonios de sus profundos conocimientos en derecho romano y pátrio; Finestres, cuyas obras sobre el derecho romano gozan de justísima reputación aun en nuestros días; Macanaz y Campomanes que con celo so afan procuraron fijar los límites entre el poder temporal y la Iglesia, y Asso y de Manuel que asociaron sus nombres para importantísimos trabajos histórico-jurídicos que nos legaron, y para unas Instituciones del Derecho civil de Castilla y de Aragon, obra la mas importante de su clase que habia visto la luz pública al comenzar el siglo en que vivimos. Al mismo siglo XVIII y primer tercio del actual corresponden Jovellanos, que tanto acreditó sus conocimientos jurídicos y económicos, especialmente en su célebre Informe sobre la Ley Agraria; Sala, cuyas obras hasta hace pocos años han guiado los primeros pasos de la juventud española en el estudio del Derecho; Martinez Marina y Sempere y Guarinos que tanto han adelantado los estudios históricos del Derecho español; y Llamas y Molina que en su Comentario á las leyes de Toro dió pruebas de su constancia en el estudio, y que puede considerarse como el último jurisconsulto de una escuela que habia dejado de existir muchos años antes de que publicara su obra.

Hemos llegado á una época célebre por las investigaciones históricas y por los estudios filosóficos: el siglo en que vivimos dejará grandes recuerdos en la historia de los progresos de la ciencia. No es nuestro ánimo entrar en una enumeración de los escritos jurídicos y jurisconsultos contemporáneos: muchos de estos, que aun viven, se han granjeado ya un nombre distinguido; pero no ha llegado todavía para ellos la hora imparcial en que deben ser juzgados. La posteridad, mas competente, mas ilustrada sin duda que nosotros, pronunciará su juicio, que hoy seria anticipado. Limitémonos, pues, á dar una ligera idea de la tendencia de estos estudios.

La *escuela histórica* alemana puede decirse que ha nacido con el siglo. Deudora en parte á los trabajos que al fin del anterior hizo Hugo, reconoce por jefes á Savigny y á Niebuhr, cuyos talentos brillantes y profundos le han dado principalmente dirección y colorido. Una cuestión á la vez científica y política promovió discusiones mas animadas que imparciales, pero que en último término debian ser fecundas en resultados. Thibaut, jurisconsulto erudito, y que con criterio y buen juicio habia escrito algunos tratados, intentó persuadir que era conveniente á toda la Alemania tener un código comun, que, recogiendo las lecciones de lo pasado, y aglomerando las riquezas y progresos de la ciencia, proporcionase



al país una justicia uniforme y constante, dejando á la erudicion la mas absoluta independencia. Esta proposicion fué la señal de una guerra científica y literaria en que se empeñaron muchos talentos de los mas distinguidos de la época. Savigny fué el primer adalid que combatió á Thibaut: conocido ya antes por un tratado sobre la posesion, que es quizás el mejor libro exegético y dogmático del Derecho romano que se ha escrito en las dos últimas centurias, dió entonces á luz su *Vocacion del siglo á la legislacion y á la jurisprudencia*, que puede considerarse como el programa de su escuela. Sentando desde luego que á las doctrinas de perfeccion indefinida y universal de la última mitad del siglo XVIII, y á los deseos de códigos nuevos, precisos y abstractos habia reemplazado el sentimiento de la historia y de la realidad, impugna la estrecha teoria de los que opinan, que sin un código completo y uniforme, un país está abandonado á las costumbres. Remontándose á la historia primitiva de los pueblos encuentra que su Derecho civil tiene un carácter propio y determinado, como lo tienen tambien su idioma, sus costumbres y su constitucion política, y que sin libros y tratados, los vínculos de familia y las relaciones de propiedad se manifiestan con energia por actos simbólicos, drama en que se presentan la conciencia y las ideas nacionales, hasta que creándose el elemento técnico

da lugar á que los jurisconsultos comenten lo que antes ya tenia una existencia positiva. Los códigos son en su opinion un programa legal, en que el Estado trata de abolir todo lo que no es él: para promulgarlos con utilidad es menester buscar la época, que no es la que alcanza, en que la ciencia esté en el mas alto grado de desarrollo, porque un código no debe contener mas que principios de los cuales se deriven las decisiones, viniendo á ser así el Derecho como la geometria, que subsiste por puntos fundamentales que debe despues desenvolver el jurisconsulto. Así solo en el apogeo de la ciencia deben formarse los códigos; mas entonces no se conoce su necesidad, porque los siglos poderosos preven rara vez que una generacion débil puede sucederles. Despues de haber manifestado que en la juventud de un pueblo, aunque hay conciencia del derecho, la lengua es pobre y ruda, y que las formas lógicas y artificiales no existen aun, como aparece de las Doce Tablas, fijándose en la historia del Derecho romano, atribuye el estado brillante de la jurisprudencia en el siglo III de nuestra era á los trabajos que le precedieron. Los romanos respetaron á la vez la antigüedad, y admitieron reformas importantes: los cambios están siempre al lado de las costumbres de sus mayores; nada destruyen violentamente; nunca hacen escision con lo pasado; son á un tiempo innovadores ilustrados



y religiosos amantes de la antigüedad. En esta época floreciente no se pensaba en códigos, á pesar de que dos siglos antes, esto es, en la infancia de la ciencia, habia tenido este pensamiento Julio César, pensamiento que se realizó en el siglo VI cuando todo era corrupcion y decadencia: entonces se publicaron casi en tropel los códigos de Teodorico, Alarico, el Papiano y los libros de Justiniano. Así Savigny inauguró la escuela, que primero en una animada lucha, y despues con tareas mas pacificas, habia de adquirir tanta importancia y ser seguida por muchos jurisconsultos. El descubrimiento de monumentos científicos que se habian perdido en los siglos medios, vinieron á auxiliar oportunamente sus trabajos.

Al mismo tiempo la jurisprudencia criminal presenta excelentes escritores que han seguido el camino racional y científico en que Kant buscó el fundamento de las penas: otros han ideado diferentes sistemas, y así se han multiplicado las teorías, no faltando quien se haya adherido al sensualismo. La Francia tambien nos está ofreciendo hoy progresos importantes en este ramo de la ciencia.

En los estudios vastos y profundos de la Alemania, en el inagotable número de sus concienzudos escritores, no hay parte de la ciencia que quede sin exámen, no hay teoría que no se des-

envuelva, que no se discuta, que no se contradiga. Al lado de la escuela histórica se presenta la escuela filosófica, que con maestría y vigor reclama los derechos y el lugar que le corresponde en la jurisprudencia. Largo fuera, y poco conforme á nuestro propósito y aun menos adecuado á los estudios previos de los que empiezan el del derecho, entrar á examinar los sistemas y la influencia de Fichte, de Schelling, de Hegel y de Krausse; de aquí dimanar las teorías de la filosofía del derecho, que ha venido á ser una ciencia particular, de que hemos hablado por incidencia al tratar del derecho natural.

Lejos nosotros de estas contiendas, conocemos la necesidad de unir los estudios históricos y los filosóficos en la jurisprudencia; deseamos que unos y otros sean objeto de los trabajos de los que en España dedican á ellas sus vigilias, y que algunos de nuestros escritores, saliendo del círculo de los estudios prácticos, den á la ciencia el culto que se le debe, y nos hagan entrar en un campo de que, con poca gloria nuestra, hemos sido meros espectadores.

Nuestra época puede jactarse con fundamento citando los nombres de ilustres jurisconsultos que en los países extranjeros y en el nuestro la enaltecen. Repetimos que aun no es tiempo de juzgarlos, y que la posteridad imparcial y severa calificará los servicios que hayan hecho á la ciencia.